

## LO QUE PROVOCA EL PAPA

Sen. Genaro Borrego

Se pueden contar por cientos los comentarios periodísticos que se han hecho con motivo de la reciente visita del Papa a nuestro país. Este es uno más, sin embargo no se refiere a los aspectos políticos del acontecimiento, ni al proceder del Presidente Fox, ni a la posición indigenista de la Iglesia como estrategia ante el avance de la teología de la liberación, ni a las definiciones políticas y temáticas que ha sostenido Juan Pablo II como jerarca de la iglesia católica. Pretendo dar un enfoque distinto eminentemente humano.

El fenómeno colectivo que provoca en México el Papa Juan Pablo II es único. Su presencia en nuestro país moviliza multitudes como nadie, centra la atención en su figura y en su mensaje de prácticamente toda la población, no solamente del Distrito Federal, sino de todo el país y lo que es más admirable suscita la expresión de sentimientos y emociones íntimas de las personas de manera excepcional, lo cual además de resultar conmovedor en extremo, motiva a la reflexión y al análisis de las posibles causas de tan generalizada y explosiva manifestación humana.

Como la inmensa mayoría de los mexicanos, la quinta visita del Papa a nuestra patria con la finalidad expresa de santificar al indio Juan Diego y beatificar a dos indígenas oaxaqueños Jacinto de los Angeles y Juan Bautista, me provocó profundo interés y desde luego emociones fuertes además de una disposición reflexiva respecto del fenómeno colectivo en el que de muy distintas maneras pudimos participar y observar. Recordé con orgullo su presencia en Zacatecas en 1990 y el privilegio que la vida me dio de influir en alguna medida para que tal hecho tan excepcional pudiese verificarse. Recordé aquellos momentos en que lo recibí en nuestro aeropuerto zacatecano, en mi calidad de gobernador del Estado. Viví nuevamente en mi corazón y en mi mente el recorrido del Papa por las calles de nuestra ciudad capital, el inesperado alto en la Catedral donde el Papa decidió, fuera de lo que estaba planeado, ingresar para orar a los pies de la imagen de nuestra Señora de los Zacatecas; el júbilo desbordado de nuestro noble pueblo que no salía del azoro de un evento tan excepcional e increíble. Nadie podíamos creer que ni más ni menos que el Papa estuviera en Zacatecas, lo que solamente el excelso poeta López Velarde imaginó como anhelo imposible pues dejó dicho en su poesía que le daba tristeza que el sonido de las campanadas de nuestra Catedral no fuesen escuchadas por el Papa. Juan Pablo II quitó ese pesar al poeta porque las escuchó con reverencial alegría y orgullo inocultable de los zacatecanos. Pasaron otra vez por mi mente aquellas formidables imágenes de la muchedumbre conmovida que daba especial colorido al lomerío de Bracho pletórico, vivo, entusiasta y devoto hoy testimonial imperecedero de un hecho excepcional.

En esta quinta visita del Papa a México además, me surgió la curiosidad intelectual de tratar de entender las causas, las razones, las motivaciones profundas que están en el fondo de tan conmovedoras manifestaciones de la gente.

Llego a una personal conclusión: Somos un pueblo profundamente espiritual que tiene su espiritualidad contenida. No halla cómo manifestarla en la vida cotidiana; reside en cada corazón, pero está relegada, oprimida, minusvaluada por la "materialidad" de la vida contemporánea. Va quedando en el olvido la parte espiritual de nuestro ser, que es la única parte que da una dimensión trascendente a nuestra existencia.

Me pregunto sin encontrar una respuesta contundente ¿porqué ante la presencia del Papa nuestro pueblo llora, grita, se le anuda la garganta, sale a la calle a verlo pasar, a percibir su mirada, a recibir una bendición, a escuchar o a sentir un mensaje. Qué hay en cada alma que en un momento explota, se manifiesta y se expresa de alguna manera? ¿será porque no encuentra explicaciones de sus vidas en el limitado e invasivo terreno de lo mundano y lo solamente material?

El acoso inevitable de los problemas cotidianos de cada quien, las angustias, alegrías, tragedias, culpas, pesares, resentimientos, tribulaciones, apremios y en general las íntimas vivencias de cada ser que son parte de la realidad existencial única e individual de cada persona, parecen estar “encapsuladas” en el espacio espiritual interno que no encuentra con quién compartir o en quién apoyarse para sobrellevarlas o sublimarlas dándole un cauce trascendente, sobrenatural. Solamente se puede vivir en paz cuando se encuentra la paz espiritual y esa ¿dónde está? ¿quién la puede otorgar? ¿dónde y cómo encontrarla?

El pueblo de México necesita y le urge vivir verdaderamente en paz, no tan solo en su relación con los demás sino dentro de cada quien. No estaremos buscando en la figura del Papa esas respuestas? Quizá. Cada cabeza es un mundo y cada corazón es un mundo espiritual. Creo que en la determinación de darle mayor espiritualidad a nuestras vidas está la respuesta. Eso es lo que pienso que es lo que en México provoca el Papa. Hasta el próximo martes.

Agosto 5 del 2002.